

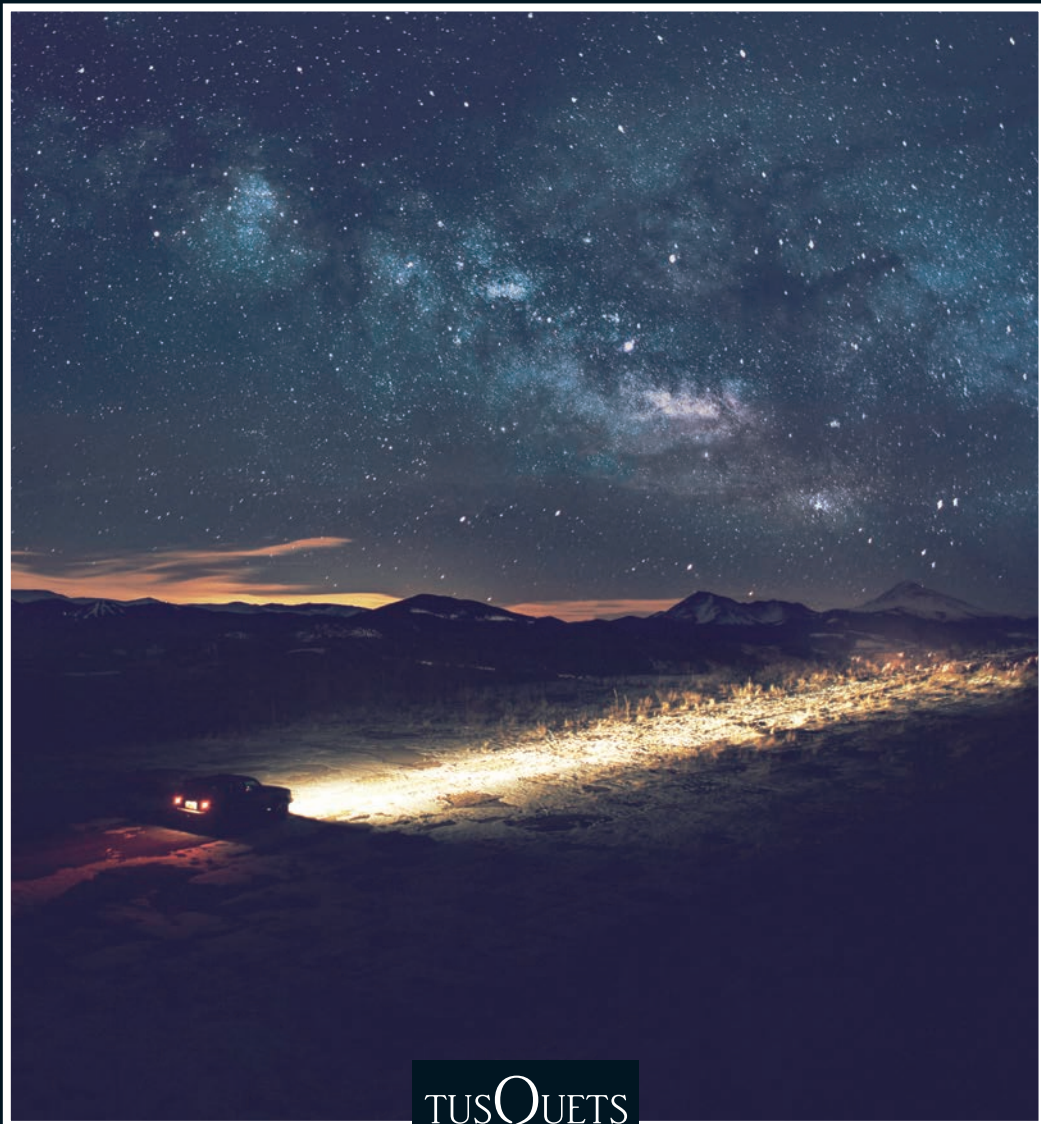
Eugenio Fuentes

PERROS MIRANDO AL CIELO

SERIE
**RICARDO
CUPIDO**



colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

EUGENIO FUENTES
PERROS MIRANDO AL CIELO

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: enero de 2022

© Eugenio Fuentes, 2021

Diseño de la colección: Lluís Clotet y Ramón Úbeda
Diseño de la cubierta: Estudio Úbeda
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-058-4
Depósito legal: B. 271-2022
Fotocomposición: Moelmo
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Un accidente cinegético	9
Amnesia	27
Mina flotando a la deriva	39
Calle Ítaca	57
Barbi	73
COVID-19	89
Muerte	95
Forense	105
Moira	111
Amistades	125
Vitriolo	137
Un robo en el campo	149
<i>Viriato</i>	163
Veinte años atrás	177
Niebla y pirotecnia	193
Una mujer con perro	207
Un anónimo	217
Pólvora	229
El perro que se tragó una pelota de golf	243
Madrid	255
<i>Guacho</i>	267
Homenaje	297
Hospital	303

La decisión de Elena	313
Olinda	337
Remo	351
Una garrafa de gasoil	363
Perros mirando al cielo	371
<i>Deudas</i>	377

Un accidente cinegético

—¿Pero ya abandonamos la autovía? —se extrañó Dana al ver que Remo levantaba el pie del acelerador y ponía el intermitente.

—Sí. Estoy aburrido de conducir por ella y además da el sol de frente y es muy incómodo. Por aquí salimos veinte kilómetros antes, pero así vemos el paisaje y los molinos.

—Vale, buena idea.

Al llegar al peaje, Remo detuvo el coche ante el cajero y arrojó en el embudo de metal unas monedas que le pasó Dana. La barrera se elevó y tomaron la estrecha carretera comarcal, de asfalto rugoso y sin arcén, que conducía a Breda. Alrededor brillaban las tierras mollares de cultivo, verdes y feraces, regadas por las aguas del Lebrón: maíz, tomates, algo de arroz y mucha pradera donde, a la luz del atardecer, pastaban felices las vacas con sus terneros.

—Silencio —dijo Dana leyendo el cartel del pueblo que quedaba a su izquierda—. ¡Qué nombre más raro!

Unos kilómetros más adelante atravesaron el río por el puente del Jinete y adelantaron a un ciclista que enfilaba una larga recta. Iba bastante separado del arcén y, desde lejos, antes de acercarse a él, Remo tocó muy brevemente el claxon, apenas un chispazo —pi— para avisarlo y que su-

quiera que él llegaba por detrás. Sabía qué peligro generaba el bocinazo largo y agresivo —¡¡¡PIIIIIIIIIIIIIII!!!— cuando un vehículo ya estaba encima del ciclista, que, al asustarse, podía hacer algún movimiento brusco y provocar un accidente.

El ciclista se orilló, hizo un gesto agradecido con la mano y Remo lo rebasó dejando suficiente separación. Un poco más adelante entró muy deprisa en una curva, de modo que las ruedas se agarraron al asfalto sollozando.

—¿No vas demasiado rápido? —le preguntó Dana inclinándose un poco para ver el velocímetro y, de paso, corregirle aquella manera, que a ella le parecía descuidada, de agarrar el volante por el travesaño en lugar de hacerlo por el marco. Luego le puso la mano en el hombro y Remo volvió a sentir la felicidad que siempre le provocaba incluso el más espontáneo y fugaz roce de su piel, la pequeña fogata que sus dedos siempre encendían en su piel. El velocímetro pasaba de ciento veinte.

—No me he dado cuenta —dijo mirándola a los ojos, casi demasiado grandes para su pequeña cara e inocentes como los de un cachorro.

—Aquí no se puede pasar de noventa —dijo indicando una señal de tráfico.

Desde lo alto de la cuesta se veían, al fondo, los duros pómulos del Yunque y el Volcán y, a sus pies, la reserva de El Paternóster. Más cerca aparecía Sierra Ufana y la veintena de molinos eólicos de Mistralia con las aspas girando al viento. Si hacía siete años su irrupción en el paisaje había causado un auténtico impacto, ahora ya todos parecían acostumbrados a su presencia y hasta las aves habían aprendido a esquivar las catanas de las aspas.

Al dejar atrás la pequeña meseta, la carretera se enredaba en un tramo de curvas para descender de nuevo hasta

la vega, donde volvían las rectas, que terminaban en giros tan suaves que permitían superarlos sin pisar el freno y salir acelerando.

La visión de El Paternóster al fondo hizo que Remo recordara su primer viaje hasta allí, y no le sorprendió que los pensamientos de Dana hubieran seguido el mismo rumbo —les ocurría a menudo—, porque ella le preguntó, señalando a lo lejos:

—¿Te acuerdas?

Remo soltó la mano derecha del marco del volante y la puso sobre su muslo.

—No lo olvidaré nunca.

—Vale, pero ahora coge bien el volante.

Se habían conocido un sábado por la noche hacía dos años en un pub de Madrid, su ciudad. Remo estaba solo, tomando una copa en la barra, y ella llegó con dos amigas y se colocaron al lado, sin mirarlo. Poco después, una de las amigas la llamó para indicarle algo:

—Dana.

Remo se volvió hacia ella y le preguntó con naturalidad:

—¿Te llamas Dana o Diana?

—Dana.

—Nunca había oído ese nombre. ¿Es de verdad?

Dana lo miró divertida.

—¿Es que hay algún nombre que no lo sea?

—Podía ser un diminutivo o..., no sé, una invención. ¿Y qué significa?

Ella le contó que el nombre era de origen judío o celta, y que también se llamaba así su madre, pero que no sabía si significaba algo. Siguieron hablando y al terminar la copa sus dos amigas se marcharon, sin ningún interés por un tipo con aspecto de poligonero, tatuado, con un par de rastas, un *piercing* en la oreja grande como una tachuela de zapatero,

vestido con vaqueros y una camiseta, que no las había mirado y que ni siquiera era guapo. Dana se quedó porque Remo acababa de pedir otras dos copas, aunque la suya aún estaba a medias porque bebía a sorbos muy cortos, como mojóndose los labios de su pequeña boca medieval.

Al acercarle su vaso, Dana se fijó en que en el interior del antebrazo llevaba tatuados dos huesos, el cúbito y el radio, de modo que parecía un brazo descarnado, lo que quedaría de él cuando solo fuera un esqueleto.

—Como un recuerdo de que vas a morir, ¿eh? —le dijo bromeando.

—Después de conocerte, ya no pienso morirme nunca —replicó, con una sonrisa que dejaba ver unos dientes irregulares.

Dana sonrió incrédula. Ni ella ni cualquiera que los estuviera viendo, tan distintos en gustos y en estética, podrían imaginar que un año después serían una pareja indestructible.

Cuando salieron a la calle hacía frío y Dana se había puesto la cazadora, pero Remo seguía en camiseta de manga corta.

—¿No has traído algo de abrigo?

—No.

—¿Y no tienes frío?

—No.

—Pues vas vestido con una telaraña —sonrió.

—No noto el frío, es una especie de insensibilidad que tengo. Soy atérmico. Si me pusiera algo encima, comenzaría a picarme todo el cuerpo y a agobiarme.

—Pero si no llevas más de cien gramos de ropa —se rio.

Terminaron la noche en la habitación del piso que Dana tenía alquilado con tres compañeras. Al desnudarse, Remo comenzó a quitarse las correas de cuero con más de un he-

bijón y una muñequera metálica. Como un soldado que viene de la guerra y se desprende de su armadura al acostarse con su dama, pensó Dana.

Sonriendo en la primera claridad de la mañana, Remo, exhausto, le dijo con una abrumadora seguridad:

—Como vamos a estar juntos mucho tiempo, quiero que sepas desde el principio que me gusta mucho el sexo, que necesito hacerlo todos los días por lo menos una vez.

—Me parece fantástico... si siempre es como ahora.

Era muy clitoridiana y Remo solo había tardado unos minutos en averiguarlo. Se habían pasado toda la noche haciendo el amor, dándose un festín, sus caderas cantando hasta el amanecer, casi sorprendidos por las jubilosas carreras que se echaban sus sangres para ir del corazón al sexo, del sexo al corazón.

Cuando se encontraron en el pub, Dana tenía veintitrés años y acababa de superar un ciclo formativo de grado superior como técnico de laboratorio, pero no había encontrado trabajo y no sabía bien qué hacer con su vida, si preparar oposiciones a alguna administración pública o buscar trabajo en la empresa privada. Remo tenía veinticuatro y siempre había sido un mal estudiante, de modo que había tardado un poco más en concluir un ciclo formativo en electricidad y tendidos eléctricos. Como desde hacía unos años seguía creciendo el sector de las renovables, enseguida había encontrado empleo en la instalación de plantas fotovoltaicas, de donde lo despedían al terminar las obras. Luego había solicitado trabajo en la planta de Mistralia, en un lugar llamado Breda, y para su sorpresa había superado una primera selección y lo habían llamado para hacerle una entrevista personal. La ingeniera que lo convocaba se llamaba Senda Burillo y Remo iba a tener que ir a Breda.

—¿A Breda? —le preguntó Dana buscándolo en el móvil—. ¿No es un pueblo de Cataluña?

—Sí, pero también hay otro con ese nombre, más bien cerca de Portugal.

—¿Y no te pueden hacer la entrevista por videoconferencia?

—También, pero yo prefiero en persona —respondió Remo, consciente de que en la distancia corta daba mejor impresión que en las pantallas, donde resultaban más duros el brillo de los metales y la sombra de los tatuajes—. ¿Por qué no vamos juntos a ver cómo es aquello?

—Vale... Parece bonito —añadió, pasando imágenes en el móvil—. Y tiene una reserva natural con un nombre raro: El Paternóster.

—¡Ya apareció la ecologista! —bromeó—. Pues nos llevamos la tienda de campaña y la instalamos por allí.

—¡Qué buena idea! —exclamó Dana enseguida, pero luego debió de pensárselo mejor, porque repuso—: ¿Y dónde acampamos?

—Pues en algún rincón en una montaña.

—¿Estás seguro?

—¡Claro que sí! A menos que tengas miedo.

—Contigo nunca tengo miedo, junto a ti no puede pasarme nada malo —le dijo abrazándolo.

La entrevista era un lunes y se fueron el viernes anterior en un coche de alquiler. Acamparon en un bucólico y solitario recodo del pantano donde solo se veían en el suelo las huellas de los ciervos que bajaban a beber, se bañaron desnudos al atardecer, caminaron por el interior del bosque observando animales y plantas que Dana identificaba.

El domingo por la noche, después de hacer el amor, al salir de la tienda, Remo se quedó inmóvil de repente.

—Dana —susurró sin volverse—. Dana.

—¿Qué? —respondió con aquella indolencia que siempre la inundaba después.

—Tienes que ver esto —dijo en voz muy baja.

—¿Qué es?

—Tienes que verlo tú, no te lo puedo describir. ¡Te va a encantar! ¡Ven!

La oyó removerse y enseguida salió de la tienda y estuvo junto a él.

—¡Es maravilloso!

A su alrededor se había reunido un enjambre de luciérnagas que revoloteaban emitiendo destellos verdosos como pequeñas hadas. A veces, dos luces se juntaban un segundo en el aire o sobre alguna hierba y se apagaban como buscando intimidad.

Muy despacio, Dana le abrazó la cintura y Remo le pasó el brazo por el hombro y se inclinó a besarla tiernamente. Luego, los dos se quedaron inmóviles y emocionados, en silencio, como si cualquier ruido o movimiento pudiera eliminar el espectáculo que tenían ante sí y que los iluminaba como a privilegiados. Solos y en la oscuridad en medio del bosque, ajenos a cualquier temor, a cualquier amenaza, estaban convencidos de que existía la felicidad igual que existían el agua del pantano, la luz de las luciérnagas, las estrellas en el cielo sin nubes.

—Parece un sueño —susurró Remo.

—Sí.

Poco a poco las lucecitas verdes se fueron apagando y alejando hasta desaparecer y Remo, curioso, le preguntó por qué brillaban. Dana se lo contó y finalmente dijo:

—Y no dejan de ser insectos.

—Pues son los únicos insectos que me gustan.

Volvieron a la tienda y Dana se acurrucó junto a él.

—Tú también eres como una luciérnaga. Ahuyentas las

sombras, pero a quien te come se le paralizan los labios y su corazón termina por detenerse —le dijo Remo, que acababa de leer en el móvil que aquellos insectos segregaban una sustancia venenosa a modo de defensa contra los depredadores atraídos por su luz.

—Bésame y dime qué sientes —murmuró Dana, mirándolo con sus grandes ojos, un poco saltones, casi a ras de cara, aunque en ella ese rasgo no sugería curiosidad ni avidez, sino inocencia.

Remo obedeció. Cada día, Dana le gustaba más. Le besaba los mullidos y pequeños labios y, al separarse, ya estaba esperando el siguiente beso. Se besaban tanto que les dolía la boca.

—Creo que me estás envenenando.

—¿Y te gusta? —le preguntó mientras lo acogía dentro de ella.

—¡Ahhhhh! Me encanta tu veneno.

Dana sonrió abiertamente y Remo añadió:

—Me gustaría vivir contigo toda la vida para intentar que esa sonrisa no se borre nunca de tu boca.

El lunes, a la hora de la cita, Remo se presentó en las oficinas de Mistralia. Esperó a que terminara la entrevista con el anterior candidato y la propia ingeniera lo llamó desde la puerta. Era una mujer de treinta y pocos años y estaba sola para evaluarlo, lo que le sorprendió agradablemente, porque había esperado un tribunal de ejecutivos enchaquetados observándolo con el ceño fruncido. Le indicó que se sentara, y ella lo hizo al otro lado de la mesa. No pareció mirarle el pendiente en la oreja ni el tatuaje de los huesos en el brazo.

—¿Vives en Madrid?

—Sí.

—¿Y por qué has pedido este trabajo, que te queda un poco lejos?

—Porque quiero trabajar, aunque sea en el fin del mundo, y porque me gustan las renovables. Tengo experiencia —contestó señalando el expediente que la ingeniera tenía ante ella.

—¿Por qué te gustan? —le preguntó, como si la documentación le interesara menos que lo que él pudiera contarle.

Remo se quedó unos instantes desconcertado. Podía responder con el discurso de la ecología y la salud de la Tierra, pero de pronto todo aquello le pareció repetitivo.

—Me gustan las cosas grandes —dijo como si se lo estuviera contando otra vez a Dana. Habían hablado de aquella diferencia entre ellos cuando Dana le contó a lo que se dedicaba en el laboratorio, a inclinarse sobre el microscopio para analizar microorganismos invisibles para el ojo humano, porque los mecanismos pequeños a Remo le resultaban indiferentes, por muy precisos que fueran. Se ponía nervioso cuando debía manipular piezas tan apretadas, tan encajadas, sin aire para respirar.

—¿Las cosas grandes?

—Sí..., los barcos, los aviones, los cohetes espaciales, las secuoyas, los elefantes, la Muralla China, la Torre Eiffel... y el Empire State —soltó de corrido—. Y los molinos eólicos. —Como la ingeniera sonreía, se atrevió a añadir—: Y porque no tengo vértigo.

El teléfono sonó al día siguiente, cuando regresaban a Madrid sin demasiadas esperanzas. Remo intentó cogerlo, pero Dana se anticipó.

—Contesto yo, no sueltes el volante.

—¿Remo, por favor? —preguntó por él una voz femenina.

—Ahora se lo paso, que va conduciendo... Espere un momento a que ponga el manos libres.

—¿Sí?

—Soy Senda Burillo, de Mistralia.

—Sí, sí.

—Te llamo para darte una buena noticia. Te hemos elegido para el trabajo.

—¡¿De verdad?!

—Sí.

—¡Bieeeeeeeen! Muchas gracias. Estoy muy contento.

—Te voy a enviar por email el contrato para que lo revises. Te proponemos seis meses de prácticas, con un contrato temporal, y si luego todos estamos contentos, te haremos fijo. ¿Te parece?

—Me parece bien.

—Queremos que empieces el próximo lunes, dentro de seis días, y te iremos enseñando cómo es esto. ¿Podrás?

—Sí, sí, claro, ahí estaré.

—Pues entonces, ¡bienvenido a Mistralia! —le dijo antes de despedirse.

Esperó a que Dana colgara y ambos gritaron de alegría.

—Tú me das mucha suerte —le dijo Remo cogiendo la mano de Dana—. Desde que te conozco, todo son buenas noticias.

—Vale, pero que estés entusiasmado no es motivo para que nos tengamos que matar. Vas a ciento cincuenta.

—No me he dado cuenta —dijo levantando el pie del acelerador. Y enseguida añadió—: Si debo ir y venir, tendremos que comprar un coche.

Dana lo miró sonriendo, contenta con el uso del plural. Por eso lo acompañó a los concesionarios, porque Remo quería un coche nuevo y grande, nada de utilitarios. Sin embargo, sin posibilidad de dar una entrada y sin una nómina en firme hasta que tuviera un contrato fijo, no le concedieron ningún crédito, por lo que tuvieron que conformar-

se con un Citroën C5 de segunda mano, de color rojo y cuya tapicería desprendía un ligero olor a vómito, que encontraron por internet, a la espera de ahorrar algo de dinero y de firmar el contrato indefinido. Aunque era un modelo algo viejo, estaba en perfectas condiciones: lo vendía una señora mayor que se había quedado viuda, su marido había hecho con él pocos kilómetros. Y además era un coche grande, amplio, como las cosas que a él le gustaban.

Por su parte, Dana decidió presentarse a las oposiciones autonómicas de técnico de laboratorio y, aunque no aprobó, sacó una nota lo suficientemente alta para que la contrataran como interina, haciendo una sustitución en la Consejería de Medio Ambiente.

En los siguientes meses, Remo volvía a Madrid los fines de semana. Salían menos, porque él llegaba cansado y el domingo por la tarde debía regresar a Breda. Nunca habían ido mucho al cine, pero ahora se aficionaron a ver películas y series en la tele, que Dana se descargaba durante la semana. Les gustaban especialmente las de los hermanos Coen sobre tipos normales que de pronto se veían envueltos en un conflicto que los superaba, y a partir de entonces les sucedían imprevistos que complicaban enormemente las cosas hasta derivar a menudo en una violencia desatada.

En su trabajo, en una ocasión en que había subido a una góndola a sustituir una bobina, Remo abrió la trampilla superior y subió al techo del aerogenerador. Solo el cielo quedaba sobre su cabeza. Se grabó allí arriba con el móvil y luego montó un boomerang en el que caminaba hacia atrás sin mirar, con lo que conseguía un espectacular efecto de vértigo. Se lo envió a Dana por WhatsApp y un segundo más tarde ella le contestó con un mensaje: «Siento que estoy ahí arriba contigo y que los dos nos lanzamos a volar y tú me llevas en tus brazos. Contigo siempre camino por

las nubes, toco las estrellas y estoy en el séptimo cielo. Te quiero. ♥♥♥♥♥♥».

Una tarde, Remo quedó a tomar café con una antigua novia y eso provocó una fuerte discusión con Dana. Fue una pelea de enamorados extraña, porque sus enfados apenas duraban cinco minutos. Dejaron de hablarse durante casi un mes, aunque los dos se echaban profundamente de menos.

Cuando llegó el cumpleaños de Remo, Dana le envió por mensajero una caja con una nota en la que le pedía que la llamara antes de abrirla. Remo, al recibirlo, tecleó su número.

—¿Dónde estás? —le preguntó Dana después de felicitarlo.

—En casa, con mi familia y algunos amigos.

—¿Puedes apagar la luz?

—¿Apagarla? Creo que sí.

—Apágala.

—Ya está.

—Ahora ya puedes abrir mi regalo.

—¿Ya?

—Sí, ya.

Al abrirla, comenzaron a salir volando luciérnagas y todos gritaron admirados. ¿Cómo podía haberlas conseguido?, se preguntó. Sin duda en alguno de los laboratorios de biología con los que tenía contacto. En cualquier caso, era el regalo más hermoso que había recibido nunca, la forma más perfecta de recordarle su amor y lo que se estaban perdiendo.

Remo se fue a otra habitación para poder hablar con calma.

—Te quiero tanto como el primer día —le dijo Dana. A Remo aquellas dos palabras le revolotearon por los oídos como mariposas.

—¿Por qué no te vienes? —le propuso.

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo. Sin ti, mi cumpleaños no es lo mismo. No voy a soplar las velas hasta que tú vengas.

Dejaron que escaparan todas las luciérnagas excepto una, que Dana parafinó al día siguiente para conservarla siempre.

Otra vez el tiempo pareció acelerarse para ambos. Los dos se tatuaron —Dana en el omóplato, Remo en el cuello— una luciérnaga verde que desconcertaba a algunos, pero que para ellos era un símbolo de su complicidad. Los dos dibujos tenían el mismo tamaño, con el contorno de color azul oscuro y el relleno de las alas verdoso.

Llegó el verano y Remo se adaptó al calor de Breda como un grillo y se hizo insustituible en el trabajo. Cuando superó los seis meses de prueba en Mistralia y firmó un contrato indefinido, decidieron tener un hijo. Sin pensarlo demasiado, como hacían todas las cosas, se pusieron a ello, pero en los tres siguientes periodos la regla le llegó a Dana con su habitual puntualidad.

—No puedo creerlo —dijo Remo, con aquella seguridad en ellos dos que desde fuera podría parecer arrogante.

Y como estaban decididos, acudieron a un ginecólogo muy joven, que conocían por ser pareja de una compañera de Dana en el laboratorio. Les pidió una analítica y los convocó de nuevo a la consulta con los resultados.

—Todo está perfecto dentro de ti —le dijo a Dana, sonriendo, después de auscultarla y de ver los análisis.

—¿Entonces? —se anticipó Remo, inquieto.

El ginecólogo leyó a continuación los resultados de la prueba de Remo, de cantidad y motilidad del semen.

—Tu recuento espermático... ¡Enhorabuena! Tienes una salud estupenda.

—¿Estás seguro?

—¡Claro! Tanto que si fueras un animal de granja no dudaría en darte trabajo en la sección de reproducción —respondió, y los tres estallaron en una carcajada.

—¿Entonces?

—Entonces, lo que tenéis que hacer es lo mismo que seguro que estáis haciendo hasta ahora.

Y en efecto, al mes siguiente Dana estaba embarazada, pero ellos no dejaban de hacer el amor. Su embarazo debía de emitir algún excitante efluvio hormonal, porque Remo se pasaba todo el tiempo tras ella. Una mañana, después de desayunar y recoger la mesa, la abrazó cariñoso.

—Hummmm —murmuró Dana—. ¿Otra vez?

—Sí —susurró mordándole la oreja—. No sé qué tienes, porque me paso todo el tiempo excitado y podría hacer el amor contigo diez veces al día.

—¿Cómo estás así, tan..., tan...? ¡Ven, ven, vamos!

Nunca moría el día sin que se hubieran dicho esas dos palabras prodigiosas de las que nunca se aburren los amantes.

Un domingo por la noche, muy tarde, cuando conducía de regreso a Breda, al cambiar la frecuencia de sintonización de la radio perdió la emisora de hip hop que estaba escuchando y en su lugar oyó casualmente una voz de mujer que contaba una anécdota: un escritor cuyo nombre no memorizó soñó una noche que llegaba al Paraíso, de donde cogió una rosa. Cuando se despertó a la mañana siguiente, tenía la rosa en las manos. Pues eso mismo, se dijo mientras conducía a demasiada velocidad, es lo que él sentía por Dana, a quien tenía en sus brazos sin saber cómo le había llegado, y eran suyos su color y su aroma y su compañía sin haber hecho nada para merecerla.

Algunas veces, bromeando, Remo le preguntaba:

—¿Me quieres?

—Hummmmmm, no sé. Tengo que pensarlo.

—Bueno, no importa. Ya te quiero yo por los dos.

A veces, de pronto, sentía un miedo cerval a que lo abandonara, a que sus delicados omóplatos se despegaran de su espalda, se desplegaran como alas, y se echara a volar como una luciérnaga, alejándose de él hacia la oscuridad.

En el último año todo había ido muy rápido entre ellos y habían pasado muchas cosas juntos. Y ahora de nuevo se dirigían en el coche a Breda, porque Dana había pedido tres días libres, coincidiendo con los carnavales, que aprovecharía para estar con él. Dana, que necesitaba ir pronto al lavabo, lo miró mientras conducía, advirtió su expresión de cansancio y sus prisas por llegar y, para animarlo, le preguntó:

—Ya estamos llegando, ¿no?

—Menos de diez kilómetros.

Al salir de una curva cerrada se encontraron delante un coche de color blanco que iba muy lento por el centro de la carretera, con el conductor observando el campo por la ventanilla abierta. Remo frenó e, impaciente, apretó el claxon para pedirle que se apartara. Cuando al fin lo hizo, ya habían llegado a otra curva y se quedó tras él —demasiado cerca y dándole luces, para agobiarlo un poco— hasta que la carretera permitió de nuevo el adelantamiento. Aceleró y, al sobrepasarlo, observó al conductor: un hombre de unos cincuenta años que miró con desdén hacia la joven pareja, él con rastas y vestido con una raída camiseta, en un coche de segunda o tercera mano. Le había pitado para que se apartara de la carretera que recorría a diario y se había pegado detrás peligrosamente, sin respetar la distancia de seguridad. A su lado iba una mujer que también se inclinó un

poco hacia delante para mirarlos. Remo aceleró y los dejó atrás en la larga recta que se abría ante ellos.

—¿Vas bien? —le preguntó a Dana.

—Con ganas de llegar.

—¿Y Dana hija?

Ya sabían que sería niña, pero aún no habían decidido el nombre, por lo que Remo usaba ese apelativo. Le puso la mano en el vientre.

—¿Lo has notado? —le preguntó ella, porque en ese momento el bebé había dado una patada como un saludo o una protesta, quizá también cansada del viaje. Remo miró la tripa y durante un segundo dejó de ver la carretera. Cuando levantó la vista, de la cuneta surgió de pronto, como impulsada por algo o saltando un obstáculo, la forma gigantesca de una vaca de color negro. No tuvo tiempo para frenar ni para esquivarla y chocaron contra ella a ciento diez kilómetros por hora. El morro bajo y afilado del C5 actuó a modo de palanca, levantó la vaca sobre el capó y el cuerpo del animal rompió el parabrisas e invadió la cabina con un estruendo de huesos y cristales que no se parecía a nada que hubiera oído nunca. El parabrisas estalló ante sus ojos en una miríada de diminutas partículas fosforescentes. Todo ocurrió en menos de un segundo, pero a Remo le pareció una eternidad, hasta que el coche volcó y un golpe en el rostro le hizo perder la consciencia.

Cuando la recuperó, estaba sujeto por el cinturón en el coche volcado y tenía junto a él el flanco caliente de la vaca, cuya cabeza se había contorsionado brutalmente contra el asiento del copiloto y un cuerno se había clavado en la garganta de Dana. El animal todavía respiraba con un gesto de terror en los enormes e inocentes ojos y su boca babeaba una saliva rosa teñida de sangre. La mirada de Dana solo expresaba un enorme vacío.

—¡Dana! ¡Dana! ¡Dana! —gimió.

Volvió a perder el conocimiento y, al despertar de nuevo sin saber el tiempo que había transcurrido, al borde de la consciencia, sin recordar nada, pero con unas confusas imágenes bailándole en la cabeza, no olía otra cosa que la gasolina; no veía otra cosa que la enorme cabeza de la vaca contra la cabeza de Dana; no oía otra cosa que la respiración del animal moribundo.

Intentó liberar el brazo derecho aplastado, pero se lo impidió un dolor agudo en el hombro. Encogiéndose con esfuerzo, al fin pudo soltarlo, pero al moverlo notó un chasquido en el interior del hombro. A pesar del dolor, recuperó cierta movilidad. Debía de haber sufrido también un golpe en la cabeza, porque la sangre le corría por el ojo derecho. Tenía que sacar de allí a Dana como fuera, pero antes debía salir él y pedir ayuda. El móvil. Debía de estar bajo el cuerpo de la vaca o habría saltado hacia la cuneta, imposible alcanzarlo. Respiró intentando pensar en medio del intenso olor a gasolina, a piel y a hierro procedente del metal abollado, y con la visión de la sangre de Dana que le bajaba por la cara y el pelo y manchaba el techo del coche. También olía a orina y a excrementos, pero no podía saber de cuál de los tres cuerpos procedía. Gimió desesperado y, reuniendo todas sus fuerzas, se liberó del cinturón e intentó salir por la ventanilla. Ciego de dolor, vio que una figura se acercaba por el asfalto, se arrodillaba junto a él y, un segundo antes de perder de nuevo la consciencia, se dio cuenta de que era un ciclista.